

✦ Eduardo Gudiño Kieffer. «Carta abierta a Buenos Aires violento»

Buenos Aires, Argentina, Editorial Emecé, 1971, 188 págs.

Eduardo Gudiño Kieffer, el novelista argentino, nos ha enviado su último libro titulado *Carta abierta a Buenos Aires violento* que va ya por su sexta edición.

La Editorial Emecé ha dado ya a la luz trece *Cartas abiertas* a los más disímiles personajes. Entre ellas, la de Salvador Dalí, dirigida a sí mismo; la del ateo Roberto Escarpit a Dios; la de Alfred Fabre Luce a los cristianos; la de Juan de Cau a los intelectuales de izquierda, por no citar más.

La *Carta abierta* de Gudiño no es la epístola tradicional. No se trata de la clásica «conversación por escrito con una persona ausente» como la definieron los romanos. Verdad que el autor le habla a Buenos Aires. Pero inserta en la misiva —propriadamente dicha— episodios novelescos, monólogos interiores, parlamentos de algunos personajes, reflexiones vitales y confesiones en el más acendrado tono de intimidad. De manera que se trata de un libro misceláneo y multiforme. Es una carta con una estructura proteica. Cambia de forma —como Proteo— según el ángulo de observación.

El autor le dice a su ciudad bonaerense que el soplo de violencia que agita las páginas policíacas de sus diarios estremece también a la sociedad desde todos sus ámbitos. Buenos Aires —como

el mundo entero— se halla convulso y febril. Gudiño vacila. No sabe exactamente qué proyección darle a su epístola. Piensa que tal vez podría darle un enfoque sociológico, sicológico, político, criminológico o jurídico. Pero él no es sociólogo, ni sicólogo, ni político, ni criminalista, ni juez. No es más que un simple periodista: un escritor con una verdad entre los labios que le pugna por saltar de la boca y abrirse camino entre los hombres. Confiesa que no es un investigador. Se limitará, pues, a decir sencillamente lo que le revele su intuición.

Sabe que todos vivimos bajo el signo de la violencia: la sociedad presiona al hombre; el patrón al obrero; el padre al hijo; el jefe al subalterno; el maestro al discípulo. Y todos anhelamos libertarnos de ese yugo secreto, oscuro —a veces imperceptible— que nos inhibe y nos sojuzga. De aquí que hayan surgido tantos movimientos liberatorios. Las mujeres quieren romper sus amarras y claman por «la liberación femenina». Los negros integran su «black power» para zafarse del imperio de los blancos. Los homosexuales pugnan con el medio que los erradica. Los hijos se soliviantan contra la autoridad de los padres. Los alumnos conspiran contra sus profesores. Toda la sociedad tiembla —como sacudida por un impulso histérico— por romper las viejas estructuras.

La juventud hace ostensible su disgusto. En enero de 1969 un chico checoslovaco, de diecinueve años, se quemó en una plaza pública de Praga para protestar por la intervención soviética en su país. En el propio año, varios adolescentes franceses se suicidaron en París para poner de manifiesto su inconformidad por la comunicación en que vivían. Alientan aún las numerosas protestas de los jóvenes norteamericanos contra la guerra de Vietnam. Cuatro de ellos —Sandra Lee Scheuer, Allison Krause, William Schroeder y Jeffrey Glenn Miller— los mataron por pretender poner rosas en una escopeta en lugar de balas, según aclara el autor. De manera que hay una patente rebelión de la juventud contra el mundo. La protesta es unánime. Unas veces cala en lo hondo. Otras se queda en la periferia y se reduce a la melena desgreñada, a andar descalzos, con la ropa raída o a fumar marihuana. Quieren transformar una sociedad que ellos —tal vez inconscientemente— están hundiendo en la abyección.

El autor —siguiendo a Collin Wilson— acepta que cada época posee su propio espíritu. No pensaron lo mismo nuestros padres que nuestros abuelos. Hay que reconocer que los jóvenes de cada generación tienen ideales, ensueños, frustraciones y esperanzas

que los unen. De aquí que el común denominador de los muchachos actuales sea la rebeldía contra lo establecido. Pretenden distorsionar este mundo para crear otro a su imagen y semejanza.

Nos pinta Gudiño —en estampas vivas de calidad novelística— la historia de numerosos adolescentes para ilustrar con ejemplos lo que acontece en nuestra sociedad. *Corazón* —el de la voz de oro y raso— que entonaba canciones de protesta en un bar, murió en manos de la policía. *Pablo*, el estudiante rebelde —que hablaba con calor del Che Guevara— tal vez no supiera exactamente lo que quería. Pero sí estaba convencido de lo que detestaba. Creía que muchos ponen en su dormitorio el retrato del Che para sentirse heroicos. Pero, en el fondo, no hacen nada. Proclama que hay que batirse contra el medio que nos asfixia con los brazos como espadas. Un día cayó abatido por las balas en una refriega universitaria. Rubricó, con su gesto, su pensamiento revolucionario de que la vida es acción, no lección.

ÉPOCAS CUMULATIVAS Y ÉPOCAS POLÉMICAS

No dice Gudiño —pero debiera aclararlo— que hay *épocas cumulativas* y *épocas polémicas* como afirma Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo*. Las primeras son tranquilas, sosegadas. La sociedad alcanza sus más altos logros. Son las *Edades de Oro* tan barajadas en nuestras letras. Las segundas son convulsas, dinámicas, febriles. Los hombres rompen con las estructuras tradicionales, movidos por el afán de crear una nueva sociedad. Son las etapas revolucionarias de la historia.

Para dolor nuestro nos ha tocado vivir la segunda. Las gentes andan por caminos erizados de pólvora y de balas, con palabras amargas en los labios y con un deseo loco de destrucción. Quisieran hacer añicos al mundo. Sobre todo la juventud iconoclasta, anárquica, desgobernada, ansía nuevas metas y horizontes distintos.

Gudiño —que tiene treinta y seis años— asevera que «el sentimiento de violencia está latente en mí como está latente en vos, Buenos Aires».¹ Confiesa, en tono íntimo y confidencial, que «escribe desconcertado, vacilante, un poco escéptico, consciente de una posible falibilidad».²

1. Eduardo Gudino Kieffer, *Carta abierta a Buenos Aires violento*, p. 71.

2. *Ibid.*, p. 72.

Aclara que todos estamos descontentos de nosotros mismos. Quisiéramos cambiar. Ser distintos. Pero no podemos ser más que como somos. Se le antoja difícil la redención humana.

Nos pinta —en escena animada— la historia de Mario y El Flaco. Se trata de dos jóvenes que se dedican a la homosexualidad activa. Les resulta un negocio. Un día cae entre sus manos, en las calles de Buenos Aires, un norteamericanito. El muchacho es inocente y limpio. Se lo llevan a su dormitorio. Mario lo ataca sexualmente y El Flaco lo defiende. Mata a su compañero por salvar al gringo de ojos azules y cabellos de miel. Y, en el fondo, siente como un hálito de pureza que le sube a los labios.

En otro episodio nos narra el sufrimiento de un sacerdote de barrio. Ejerce su ministerio en un suburbio de Buenos Aires. Palpa la promiscuidad, la miseria. Comprende que la fecundidad es la maldición del vientre de los pobres. Y, decidido, le da las píldoras anticonceptivas a la madre misérrima de nueve criaturas para que no arroje más víctimas al mundo. La mujer le pregunta asustada: ¿Y la religión lo permite? Y él contesta, entero y animoso, con la conciencia levantada y los ojos puestos en Dios: ¡Sí!

Dice Gudiño: «Estupros. Violaciones. Incestos. Crímenes. Abortos. Infanticidios. Nos estremece una violencia injustificada, sin ideales, provocada por el hacinamiento, el hambre, la pobreza y la ignorancia».³

Insiste en la incomunicabilidad de la juventud. Los padres viven inmersos en sus propios problemas. Creen que con costearle al hijo sus estudios y con alimentarlo han cumplido cabalmente su cometido. No se percatan de que el niño y el adolescente necesitan amor. La soledad los traumatiza. Una palabra de cariño les hace tanta falta como el sustento físico. Estas criaturas desamadas son los futuros rebeldes, los delincuentes, los que anhelan destruir una sociedad que no los comprende ni los quiere.

A Gudiño le duele la violencia. Pero comprende que es el signo de nuestro tiempo. No da fórmulas salvadoras porque no las hay. Nadie puede detener el curso de la historia. Se limita —como periodista— a constatar el hecho. Quiere dejar un testimonio de su presencia en el mundo.

3. *Ibid.*, p. 123.

OBSERVACIONES FINALES

El libro consta de cuatro partes. Cada una corresponde a una actitud distinta del autor. Unas veces habla con tristeza; otras, desconcertado; en otras ocasiones en tono hilarante; en varias, airado y violento. El lenguaje es muy desigual. A veces se expresa en una lengua culta. Inclusive emplea palabras poco usuales como *progimnasma*, *isagoge*, etc. Se vale de raros cultismos. Y luego se despeña a través de un lenguaje ramplón y soez muy a la moda.

Esmalta su léxico continuamente con palabras crudas. No para caracterizar a un personaje que sería justificable. Lo hace más bien movido por un impulso secreto insoslayable. Tal vez para revelarnos que el mundo que nos rodea, al fin y a la postre, no es para él más que escoria y basura. Naturalmente que ese regusto por las frases procaces es habitual en nuestros novelistas en boga. Y Gudiño Kieffer no ha querido ser una excepción. Cortázar, su maestro, le ha dado reiteradamente el ejemplo.

Dr. LUIS MARTÍNEZ